

cultura a la desgraciada Rusia de Lenine, ejemplar de todas las desdichas nacionales, y prueba evidente de que la más terrible gangrena social es la influencia judaica en las naciones. (17) Así lo han probado los publicistas católicos de los tiempos anteriores a la guerra europea, y así lo ha demostrado la prensa de nuestros tiempos por mil modos y maneras. (18)

Luego, es indudable que los Reyes Católicos fueron prudentísimos y altamente sabios al expulsar a los judíos.

Pero, dejando aparte lo que es de todo punto evidente ¿qué se podrá objetar en contra de la justicia en el hecho de la expulsión? Si, como dijo el emperador Bayaceto, era impolítico Fernando V porque empobrecía su nación y enriquecía a otras, evidente es que muchas serían las riquezas que sacarían de España los israelitas, y si algunos judíos, por las circunstancias imperiosas del hecho en sí mismo, fueron perjudicados, esto no ha de ser considerado como injusticia del edicto, ni aún supuesto que hubiera en su ejecución, como los habría, abusos; que tales deficiencias son propias de la humana naturaleza, y no de la voluntad de los hombres, pues bien sabido es que ni la benéfica lluvia cae a gusto de todos, porque no siempre a todos beneficia. Y si a esto se añade la consideración de que tales riquezas eran sangre del pueblo español, poca injusticia podría suponer extraer al vampiro israelita la sangre que antes había chupado del cuerpo social, para de nuevo inyectarla, tanto en las altas esferas de la Hacienda española, como en el pobre pueblo, objeto de las más criminales usuras. (19)

En conclusión, para hacer el epílogo de este humilde trabajo, nos basta aplicar a nuestros incomparables Reyes Católicos esta doble sentencia de Aristóteles: «La prudencia es virtud propia del príncipe», y aquella otra: «El príncipe es el custodio de la justicia.» (20)

Y ahora decidme, mis amados hermanos, si los Reyes Católicos merecieron la gratitud imperecedera de aquella gigante España que ellos levantaron sobre sus más que hercúleos hombros para legarla al mundo, como testimonio glorioso de lo que puede la humana flaqueza fortalecida por el espíritu siempre vivificador de la fe del Dios Hombre, enseñada por nuestra santa madre la Iglesia Católica, habida cuenta de que los frutos de la múltiple acción de nuestros insignes reyes, hizo de España el más fructífero de todos los imperios y nos legó a nosotros favores tan preclaros como el habernos librado de la actual ruina europea, apesar de nuestras muchas miserias y prevaricaciones ¿cómo no entonar nosotros también un himno de inmortales alabanzas, a los que siendo rectos, enmendaron todos los yerros interiores de nuestra Patria y para todos hallaron el más adecuado remedio; a los que la dieron por fronteras el litoral de todos los océanos; a los que determinaron una nueva Edad que abarcó a todas las naciones; a los que son el fortísimo y brillante fundamento sobre el cual se asienta la diamantina columna delatadora de nuestros siglos de oro; a los que forman los primeros en la in-